

## LA GRATITUD

(En la clausura de estudios de 1913)

Respetable claustro, señores :

Pido excusas si una vez más contrastan mis palabras en la serie admirable de elocuentes discursos con que año tras año ha clausurado siempre sus tareas este glorioso plantel. Me habrá tocado colocar algunas sombras en medio de la brillantez del cuadro. Pero cuando temo con razón no producir una sombra sino una mancha... Perdonadme : la falta absoluta de espacio no me ha permitido ni ordenar siquiera algunas ideas, para mostrar así a lo menos todo el respeto que me inspira un auditorio como éste.

En cuanto a vosotros, señores alumnos, ¿ no lo suplirá todo el vivo placer que experimento al dirigiros la palabra en una de las fiestas que más directamente os atañen ? Mirad que lo hago con todo el corazón, y al decir os estas frases de cariño casi olvido mis temores de enantes. ¡ Me siento tan unido a vosotros ! Somos una misma familia. Soy vuestro hermano algo mayor. Por eso gozo tanto al contemplar el éxito que habéis alcanzado en vuestros estudios ; por eso os felicito con verdadero entusiasmo, principalmente a aquellos de vosotros que van a recibir algún lauro en esta solemne distribución de premios. Pero a todos os doy la enhorabuena, porque todos la merecéis ; aunque muchos no hayáis podido—que es difícil—sobresalir entre un número tan considerable de irreprochables con discípulos, todos, eso sí, llevaréis la conciencia tranquila y la satisfacción del deber cumplido ; a todos os abriga este Instituto de veneradas tradiciones ; y todos, sin excepción, tenéis derecho a llevar ese timbre de honor, ese escudo blanco y negro que con orgullo legítimo llevamos también vuestros superiores y vuestros catedráticos : ¡ ved el mío ; ¡ mirad el que nuestro Rector ostenta sobre la

beca blanca ! ; mirad el que adorna el pecho de todos esos varones ilustres, cuyos retratos, de meritísimo arte, forman la preciosa galería que decora este recinto, y que nos habla, en su elocuente mudez, de glorias que no perecen ! ; Ah, con razón os veo ufanos llevar esa insignia ! ; Con razón brilla en vuestros semblantes la expresión de la alegría y de la gratitud ! ; Que esa alegría perdure en vosotros, y que esa gratitud no se borre jamás de vuestros corazones !

No creáis que voy a hablaros del agradecimiento para infundirlo en vosotros, ni para haceros apreciar sus excelencias : bien sé que os halláis completamente enseñoreados por ese sentimiento, y que no podéis desconocer los méritos de semejante virtud. Pero por lo mismo quiero discurrir con vosotros sobre un tema que necesariamente habrá de interesaros, procediendo en este caso como de ordinario procedemos todos en el trato con nuestros semejantes : ¿ no procuramos siempre discurrir sobre la naturaleza con el sabio y el filósofo, o con el teólogo sobre los arcanos de la esencia y de los atributos divinos ? ¿ No les hablamos de la belleza plástica a los modeladores de la forma, del ritmo de las palabras al poeta, de las cadencias del sonido al compositor musical ? ¿ Y no hemos de emitir concepto sobre cosechas y ganados en presencia de quien beneficia los campos, o sobre domésticas labores delante de la señorial matrona encargada de dar perfecta solución a los mil arduos problemas que constituyen su cotidiano empleo ? Por otra parte, ¿ cómo no ha de parecerme a mí hacedero decir os algo sobre la gratitud al Colegio del Rosario, sobre esta gratitud que mucho más que vosotros tengo yo razones para experimentar en el alma ?

Porque fue aquí donde se deslizaron los años más hermosos de mi juventud ; aquí donde hallé, como en mi segundo hogar, cuidados amorosos y solicitudes paternales ; aquí donde bebí sediento las gotas refrescantes de la verdad revelada y de la verdad científica, en



una sola verdad aunadas, como en un solo raudal se aúnan y compenentran para buscar el océano, las múltiples aguas que descienden por las quiebras de los montes; aquí el semillero de mis mejores amigos y el centro de mis más caros solaces; aquí el nido donde crecieron mis primeras aspiraciones; aquí mi freno, aquí mi estímulo: aquí la llama que avivó en mi espíritu la fe de mis padres, y el soplo que encendió en mi corazón los dos amores más grandes de mi vida: el amor a la Iglesia, madre inmortal y santa, y el amor a la patria, que me ha hecho sentir, como si fueran míos, los versos del poeta:

*Amo yo por instinto tu regazo;  
Madre eres tú de la familia mía;  
¡Patria! de tus entrañas soy pedazo.*

Agregad, si queréis, a los beneficios enumerados aquellos otros tan codiciables, que consisten en la bolla del doctorado o en los honores de la cátedra; ¿qué más podría recibir del Colegio del Rosario ninguno de sus hijos? A mí, sin embargo, me acogieron con amor estos claustros, precisamente cuando se posesionaba del cargo de Rector nuestro común maestro, tan bondadoso y tan sabio; fui yo de los primeros colegiales que se recibieron aquí cuando el Instituto recobró su autonomía y volvieron a regir las Constituciones del fundador; y desde entonces acá ni un solo día me he visto privado de la comunicación y trato, ni del ejemplo, ni de los consejos, ni de la amistad de quien ha sido para mí como un nuevo padre, dispuesto siempre a servirme y a prodigarme los afectos de su corazón de oro.

¿Pero queréis que os diga lo que quizás no debiera por esa especie de veneración que se profesa a lo muy íntimo? Son dos recuerdos tan opuestos entre sí como la risa y el llanto, pero que se han juntado en mi memoria como para mostrarme así unidos, cómo el Colegio del Rosario me ha dispensado en todo tiempo delicadezas y ternuras tan exquisitas y blandas como las de una madre.

Era una mañana venturosa: tan esplendente como la plenitud de la luz y de la vida; fresca como los lirios recién abiertos, y perfumada como el ambiente donde esparcen delicioso aroma los azahares y los jazmines; dulce y acariciadora como las esperanzas de una virgen; y llena, en fin, de yo no sé qué misterioso encanto, que me impulsaba a disfrutar de una felicidad sin nombre. Y esa mañana, aquí en nuestra capilla, circundada de luces y de preciosos ramilletes, me esperaba a mí la Bordadita con los brazos abiertos; ¡y no a mí solo sino con la que iba a ser compañera de mi vida, para impartirnos su bendición desde el cielo, como nos la impartió, en efecto, por mano de mi preceptor amadísimo, a quien Dios y la misma Bordadita bendigan mil veces!

Tratábase en otra ocasión de celebrar en esta misma sala uno de nuestros esparcimientos favoritos: una velada de octubre, como ya lo habréis adivinado; y ni la oscuridad de la noche, ni una lluvia tenaz, que caía a cántaros, fueron parte a interrumpir el justo regocijo con que festejaba el Colegio el onomástico de su Rector. Pero—¡lo recuerdo muy bien!—yo estaba triste. Por primera vez, después de haberse extinguido para siempre una vida idolatrada, me tocaba venir aquí para decir unas estrofas, brote espontáneo de filiales afectos; ¡y bien sabía yo que, en medio del alborozo de todos y de mi amor al maestro, me iban a faltar los abrazos de mi padre, tan cariñosos y efusivos, que me hacían pensar en afortunados ensayos, aunque quizás no se tratara sino de algún fracaso cierto! Pero al terminarse la sesión, escuché, conmovido, tan alentadoras palabras, y recibí tan estrecho abrazo, que desde entonces no he podido separar estos desbordes de mi preceptor de la memoria santa del que fue autor de mis días!

Decidme ahora, queridos alumnos, ¿cómo podría yo pagar tan inmensos favores? . . . ¡Imposible! Sólo puedo agradecerlos, acogiéndome en este punto a lo que dice

nuestro predilecto Cervantes: "Si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar el deseo de hacerlas; y cuando éstas no bastan, las publico; porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensa con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores a los que dan; y así es Dios sobre todos; porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre a las de Dios, con igualdad, por su infinita distancia; y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento."

Dignos son estos hermosos conceptos, más que del genio del autor, de su corazón nobilísimo y cristiano. Pero hay más: la gratitud lleva el amor, y éste a las obras; y las obras, por mezquinas que sean, quiere Dios que se conviertan, cuando proceden de la recta voluntad de los hombres, en formidables cantos allegados al cimiento en que descansa la sociedad humana. Porque desde el potentado y el magnate, fomentadores del consumo y de las industrias, hasta el honrado artesano que con mano encallecida moldea el hierro sobre el yunque, o asierra en el taller a los gigantes del bosque; desde el paciente agricultor que a fuerza de fatigas hace germinar las cimientos, o pastorea los ganados en medio de la inclemente lluvia o del abrasador estío, hasta el sabio escrutador de los misterios que guarda en su seno la naturaleza; desde el leñador humilde, que fabrica el combustible de los hogares, hasta el hombre de estado, y el filósofo y el artista, que son los encargados de iluminar los senderos, todos, cuál más, cuál menos, contribuye con el contingente de sus esfuerzos al sostenimiento de la vida social. Pero si cada hombre en un solo día, "disfruta, como lo afirma Bastiat, de cosas que por sí mismas no alcanzaría a producir en diez siglos," ¿no es natural que de este cambio tan desproporcionado de servicios surja la gratitud, no como un arroyuelo de escasas aunque transparentes linfas, sino

como desbordado río que, subiendo hasta las más elevadas cumbres, anega los corazones de todos? Por eso la gratitud es algo como una necesidad social que a menudo expresamos todos en el lenguaje ordinario: Gracias! es la primera palabra de cortesía que aprenden a balbucir los niños, la fórmula que con más frecuencia se escapa de los labios de todos; y es esa la manifestación de un sentimiento que aun a los seres desprovistos de razón solemos atribuir. "Esta virtud (del agradecimiento), dice Nieremberg, es en la que más liberal ha andado la naturaleza, pues aun a las fieras no se la negó. En el delfín dibujó la misericordia; en el elefante pintó la religión; en el perro retrató la lealtad; en el caballo marcó la obediencia; en la cigüeña representó la piedad; en el león copió la fortaleza; en el pelicano grabó la caridad; en la tórtola figuró la continencia; en el buey señaló la paciencia; en la paloma trasladó la simplicidad; en la abeja bosquejó la diligencia; mas en todas esmaltó algún agradecimiento."

Hay, sin embargo, escépticos—; tristes escépticos!— para quienes no existe otro criterio de certeza que la desgracia universal e irreparable; filósofos que fundan la necesidad de la sociedad en el egoísmo y en el odio, como si pudieran producir un mismo efecto la hebra sutil que une dos telas y el instrumento cortante que las divide; filósofos, en fin, para quienes la gratitud es un mito, porque no quieren ver en el universo, ni en la naturaleza, ni en nada, sin crueles enemigos contra los cuales hay que luchar, y luchar con entereza, aunque no se tenga jamás ninguna esperanza de victoria, sino la plena certidumbre de una derrota fatal. Porque derrota sería también, y la más desesperante de todas, la única victoria en que creía el semipanteísta Hartmann: la destrucción de la Voluntad, o poder creador, para conseguir el aniquilamiento universal. Mucho más si esa Voluntad, inconsciente y malvada, es al mismo tiempo, como ya lo había asentado Shopen-

hauer, necesaria y eterna, y por consiguiente, indestructible.

Pero ni el filósofo de Dantzing, ni su discípulo Hartmann, ni pesimista alguno ha podido dejar de mostrarse agradecido alguna vez : aquél confiesa cuánto debe a la filosofía oriental y a las enseñanzas de Buda, y manifiesta no poca gratitud a la belleza—*objetivación de la voluntad en la esfera más alta*—y al arte, principalmente al arte escénico, que poniendo la desgracia ante los ojos, enseña a odiar la vida ; éste elogia a la conciencia, que debe darnos el triunfo sobre la voluntad de su extraño inconsciente ; y un pesimista de corazón, el insigne Leopardi, jamás pudo prescindir de agradecer ni de amar al amor mismo, sin el cual no tiene razón ni objeto la vida :

*Preggio non ha, non ha ragion la vita  
Se non per lui, per lui ch'all'uomo é tutt'ò.*

¡Y cuenta que Leopardi era tan sincero ! Por esa sinceridad justamente, no menos que por la forma acabada de sus cantos, puede ser considerado como uno de los líricos más altos del pasado siglo. Y siendo esto así, ¿ cómo no agradecerle, a nuestro turno, los solaces que proporciona la perfección de su arte, y también aquella compasión extraordinaria por la desdichada humanidad, ya que en él esa compasión es sincera, no sistemática, como la de otros pesimistas ? Pero al mismo Shopenhauer podemos agradecerle algún atractivo literario, y a éste y a Hartmann la rigurosa lógica que no les permitió retroceder ni ante las más tremendas deducciones. ¡ Rindámosles también un tributo de gratitud a estos filósofos por no haber aceptado cualquier sistema, con la sola condición de que fuera opuesto a las enseñanzas de Cristo ! Como que de tal prerrogativa sólo han disfrutado los que, con deliciosa amplitud, se han puesto el nombre de *libres pensadores* ; ya que, en efecto, dentro de esta denominación, como en sabrosa olla cocida, cabe de todo.

Pero por mucho que se le pueda agradecer al pesimismo, no creo que vosotros podáis nunca participar de sus errores. ¿ Habríaís de fundar acaso la necesidad de la sociedad en la soberbia, como lo hacen los *superhombres*, o en la guerra, o en el odio ? Fundadla más bien en la gratitud y en el amor, aunque estos sentimientos no sean más que una consecuencia necesaria de la ley natural que une a los hombres.

Jóvenes alumnos :

Si tanto vosotros como yo tenemos una inmensa deuda de gratitud a este colegio ; y si algo os he dicho ahora de unión entre los hombres y de servicios recíprocos, unamos nuestros esfuerzos, y ayudémonos mutuamente para tratar de pagar hasta donde nos sea posible aquella deuda. Prometédmelo así de vuestra parte, que yo de mi parte os lo prometo.

ANTONIO OTERO HERRERA

## LOS DOS MAESTROS

En medio de sus rústicos cariños  
Sentados al azar, sobre la grama,  
El noble viejo patriarcal derrama  
Su palabra de miel sobre los niños.  
Es en la blanca Nazareth . . . El campo  
En su tristeza lánguida sonríe,  
Mientras disuelta en vespertino lampo  
El alma de la tarde se deslíe,  
Hay la fragancia bíblica y ardiente  
De un jardín de pasión ; lenta palpita  
La nostalgia mirífica y doliente  
De una rosa de amor que se marchita . . .  
Y la palabra del maestro suena  
Con musicales y armoniosos dejos,  
Tal como la canción de la colmena  
En el silencio de los troncos viejos.